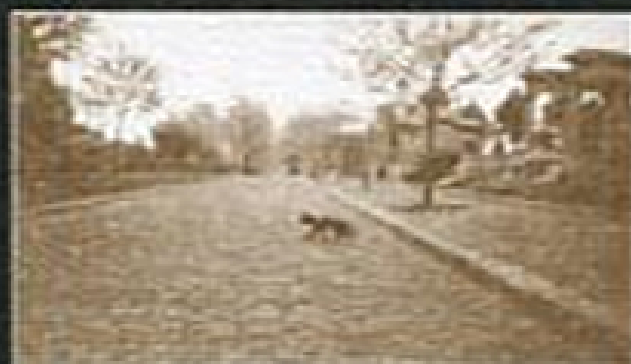


Oswaldo Picardo

QUIS QUID UBI
(poemas de Quintiliano)



Colección La Pecera - Editorial Martín
todocoleccion

Oswaldo Picardo

QUIS QUID UBI
(poemas de Quintiliano)

(2020 versión corregida). Osvaldo Picardo

QUIS QUID UBI (POEMAS DE QUINTILIANO),

Mar del Plata, 1996.

ISBN 9509635430



Quis quid ubi quibus auxiliis cur quomodo quando
(quién , qué, dónde, con qué, por qué,
de qué modo, cuándo)

INSTITUTIO ORATORIA,V,10, de
M.F.QUINTILIANO

a Marta,
dulcis secretorum comes

F.Q.

I: El pasado

Para que alguien aún diga Fabio Quintiliano,
para que esos sonidos por un instante emerjan
y se hundan en largos siglos de páginas empolvadas,
hubo muertes más que nacimientos. Una Roma en llamas,
el recuerdo de los higos que Catón trajo de Cartago,
y el horror de Herculano y Pompeya.
Un Séneca con un alumno siniestro
y un Pedro y un Pablo que profesaron en una secta y repetían:
una sola palabra tuya bastará para sanarme.

Todo esto está en mi nombre y en tu oído
trepa lento como un caracol sobre un vidrio
(detrás dicen haber visto una historia de salvación,
otra de progreso y ésta sin novedad).

II: En la ruta

Luego, hubo un “luego”, el Desierto
que no termina en su Conquista,
interminable documento de la barbarie
donde la arena borra lo escrito.

¿En qué momento parece que aparece?
¿Dónde se esconde el conde?
Un juego de palabras entre chicos
se oye en el ómnibus por la mañana.
Tienen cabezas rapadas, remiendos

en los guardapolvos, mínimas formas
de mapas con sus historias.
Los miro como vos lo hiciste alguna vez:
desde el que fuimos. Ríen
mientras empañan el vidrio para dibujar
sobre el vértigo del paisaje sin saber
que no lo atraviesan y sólo pasan.

El pasado tiene un nombre ridículo en latín,
se disuelve en aliento contra el vidrio. Detrás,
las vacas tienen una expresión de sorpresa.
El árbol saluda, la nube mira, los campos
de girasol marean. Ahí donde
se esconde el conde...

¿Quiénes fueron tus padres?
¿Recordás sus ojos al mirarte?

Hay en el recuerdo, un hombre mirando un reloj.
La esquina de un barrio viejo
que podría ser San Telmo, Trastévere
o Calahorra, aunque nunca la anacronía
coincide con la geografía.
Dos desconocidos se conocen, se aventuran
y desaparecen. Ahí te dejan
en la Hispania Romana, circa el 35 d.C.
Vos, el último testimonio de su encuentro
y sin embargo, tampoco ahí o acá,
extraviado, en el desamparo que luego
(hubo un “luego”) descubriste
en la ventanilla de un avión:
No hay mundo, ni Imperio, -dijiste-

apenas un vuelo y otro, por acontecer.

Deja que se mezclen los arrugados valores,
porque el pasado quedó en el pasado
y el Desierto nunca termina
ni se lo cruza.

III: El olvido hace eterno

Esto es de una lógica imperturbable:
Para que este obstinado yo que me habla
persevere sin esperanza en mis ojos,
el que yo era debió llegar muchos siglos antes,
entre el “nunca es el momento”
y el “siempre es tarde”. Debí oír en mi voz
la escritura incesante del plagio de los lectores
cuando en silencio y cerradas las bibliotecas
murmuraban envidias y sueños literarios:

¿Qué otra cosa sos, Quintiliano,
sino la escritura fantasma de un Imperio
derrotado y olvidado?

Anoche, sucedió que soñé lo que no soy
y ciertamente - ahora que lo pienso bien-
no he acabado de soñar
y corro el peligro de dejar de hacerlo.
De olvidar mi cuerpo y que soy al viento
un títere colgado al que le sucederá inseparable,
en un instante, lo malo y lo bueno.

No se podrá dudar de que escriben
un sentido inexacto de mi historia personal,
sobre todo si se piensa que estoy yo
muerto hace siglos. Obsérvese que desaparece,
mientras tanto, mi cuerpo
entre dolores de pecho y flatos musicales.
Y entonces solamente para llevar la contra,
salgo a la calle con mi enfermedad contagiosa a cuesta:
la enfermedad de escribir poesía.

PICAFLORES

Antes de correr la cortina frente a las calas
la velocidad se congeló en el aire.

Primero fue uno borroneando las alas
en el hilo desatado ante un gladiolo.
El otro cayó al lado en rebote pausado
y giraron trenzando el tallo de la tarde.

No los habías visto hasta entonces. Luego
leíste que tienen corazones enormes
para el tamaño diminuto de sus cuerpos.
Y también,
que mueren de quietud durante el sueño.

UN GALPÓN FRENTE A UN JARDÍN

El moscardón de panza amarilla
hace un firulete sobre una rosa
y se aquieta abrochando pétalos con sus patas.
Aquí está el nudo fuerte, *eterno*.

El viejo sabe por aquel signo promiscuo
que es época de anchoita y de vientos.
En el jardín flota la página arrugada
en que a la hora de la siesta escribe
injertos y guías y márgenes del color,
y el tallo de lentitud.

Me escondo en el galpón entonces
para ver y escuchar.
Láminas de luz en la mañana caen
desde los entresijos de un techo de ruberoide.
Es el reino mismo de las sombras:
Las cosas estaban ahí al fondo
frente a un jardín cuidado.
Anidaban felices.
De tan viejas, en aspecto y ser, difícilmente
pudieran pertenecernos.
Cacerolas negras, muñecos con un resorte flotando;
agujas oxidadas en la medusa calva de Geniol;
hornallas vesubianas de la cocina económica;
herramientas con usos imposibles;
botellas de Mr. Hyde a medio llenar;
y aquella bicicleta de albañil
colgada en la pared...

Oigo del viejo, la voz:
Se inclina sobre las azucenas,
viene hacia la hoja lustrosa del limonero,
y se detiene junto a la pasionaria.
*Con este viento -murmura-,
hay que atar el rosal.*

Y el moscardón de panza amarilla
despega de la quietud de la flor,
planea decididamente mi cabeza
de ahora
y se espanta zigzagueando
en la densidad histórica de las cosas.

MARGINALIA

Quintiliano escribe sobre un margen
y lee mudo otro párrafo. La calma
siente de las aguas en que flota un cadáver.
Ha olvidado la voz traducible:
el airecito a la sombra en el mediodía:
ola invisible del sentido. Ha olvidado
los comentarios: se ha sacado de encima
el peso de un pensamiento. Habla
-eso cree- como en un paseo por las orillas.

Lee el *De Oratore* y confiesa ser ahora
de opinión algo diferente a la de antes.
Piensa el ojo y la mano: Mejor a Livio
que a Salustio pero que no envejezcan
los jóvenes con Gracos y Catones:
Una manera del mundo tiene la época:
Antiguos y modernos existen en diálogo
y más que negarse, conceden. Lo anota.
Finalmente se da cuenta de que también
su vida está llena de pequeñas glosas.

El aire oscuro de la casa lo recibe
al regreso de su paseo por las orillas.
Ve que la época contradice su retórica
y la piedra de molino de Praxiteles
es más famosa que el mármol de Paros.
En el patio, se asoma a la boca muda
de un aljibe ahora inútil y decorativo:
un olor húmedo y musgoso, interior,

sube con un agua quieta, clara,
de la oscuridad cambiante, rota.

Flota, de repente, anónimo,
en una corriente aérea de signos
que nadie puede leer sino de a ratos,
El autor muere no una sino varias veces:
Como la naturaleza de su materia. Anota.
Y cierra los ojos cayendo en la época.

En unas horas comienza su clase.
Lo miro venir de lejos y casi lo entiendo.
Soy otra anotación al margen.

LOS INTENTOS DEL GORRIÓN

A la hora del poema, Quintiliano, te ponés algo inquieto.

Mirás a un gorrión entre las mesas vacías

dando saltos y picotazos.

Un pedazo de pan, más grande que él, lo atrajo

y una y otra vez

intenta elevarse con todo su peso.

A dos centímetros de tu inmovilizado zapato cae

por pura casualidad aquel objeto de tanto esfuerzo

y como él

la gravedad que inquieta tu poema.

BLUES DE SEPTIEMBRE

es donde por vez primera me enamoré de la irrealidad

L. Ferlinghetti

Fue en este mes, en el puerto, que la viste
entrar a un café que demolieron hace años.
“En realidad no sé” respondiste cuando preguntó
por una dirección que vos conocías demasiado bien.
Y salieron juntos, caminaron por la banquina,
y cayeron en el vórtice de una irrealidad.
Repitieron una ficción en que la única certeza
fue su cuerpo llenando tu boca al nombrarla.

Sin el café, pero como entonces, el mes se parece.
Sobre la cubierta de madera hecha piedra por la sal
el lobo de mar abre una noche filosa
y por su piel de aceite resbala la modorra del puerto.
Un barco también espera fuera del agua la reparación
hasta desaparecer entre latas y recuerdos.

Dos términos en una múltiple metáfora y un hecho sólo.
Un ahora y un ayer haciéndose el amor entre las ruinas.

ESCRITURA DE ROMA

Roma no es una ciudad sino una escritura heredada:
un acróstico de chicos, el revés de las palabras,
Cicerón y César entrelazados, la urbs de los caminos
centrípetos, también la Argirópolis de Sarmiento,
y del bárbaro Rosas evocando y evocado,
o un simple mapa turístico en manos de un chino.

Roma no es una ciudad cuando usted asoma
su filmadora bajo otra bonita mañana.
¿Cómo negar el ser del tiempo, por sus calles?
¿Cómo no leer aún sin anteojos cuando,
previsibles y provisorias, surgen las ruinas,
como otras verosímiles historias de plástico
en las tiendas a las puertas de los museos? Y
usted con el ojo en el agujerito de su mundo,
me dice confidente y lleno de espaguetis:

*-No sabe cuánto me entristece ver
tantas ruinas de lo que fue un imperio...*

Pleitos y discusiones por causas ínfimas
se escuchan en el Foro, mientras el verano pesa
en los pies y andamos hechos agua y trapo. Los yuyos,
con impertinencia exagerada, garabatean los mármoles
y aún entre las voces modernas (para el oído adecuado)
resuena por lo bajo, el hexámetro de *Quintiliano*
menos palpable y más duradero que un imperio
¿quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo y quando?

Es mejor callar a este periodístico cuestionario

(en unos días volveré a mis alumnos y los siglos
dejarán oír una vez más, a Marcial y a Ovidio
con sus chismes de celos, engaños y amores).
Seguiré caminando, por estas calles escritas,
y usted volverá a subir a su ómnibus refrigerado
para olvidarse de todo, menos de sí mismo.
Algunas abejas sobrevolarán los desperdicios
entre la arqueología del Foro, alguna flor
en los matorrales que desde aquí nunca vemos
y este viento fresco que empieza a alzar
la túnica del sátiro cursi que en mármol baila.

Lo que ya no existe, no está escrito. Y por eso
no sabe usted cuánto me alegra haberlo visto
subir al ómnibus y dejar su hoja en blanco.

CORRECCIÓN DE EXÁMENES

Y te sentás junto a la ventana desde donde se ve el baldío
lleno de calas y de basura de los buenos vecinos.
(Las ciudades se parecen también en los baldíos).
Desde tu ventana no se ve el mar,
sólo un montón de techos y el cielo sin nubes.
Antes te apoyabas durante horas en el marco
y te dejabas navegar
entre montículos de pasto crecido.
Una mujer joven
cantaba a tu espalda y la cocina olía a especias.

Ahora, tenés delante a su Majestad, la pila de exámenes.
Igual al baldío, las hojas manuscritas muestran marañas
enrevesadas de yuyales y flores, trazos y signos
que dicen algo en las grietas de lo escrito.
Te ponés los anteojos de marco de carey
y empezás a leer, lapicera en mano.

Ha llegado la larga calle que T.S.Eliot comparaba
a un aburrido argumento de insidiosa intención.

Estás solo.
Tus dos hijos han muerto.
Y tu mujer.
Una trade de otoño como ésta, en Roma y hace siglos.

En las refracciones del sol se tiñen las hojas de tus alumnos.
Podés ver sus caras, sus perezas acuáticas, el espejo
del presente que no existe pero se repite.

Como esos nombres en libros viejos de literatura,
cada uno carga una cara, una charla, algo que no se te olvida
por semejante a vos mismo
y mil veces desechado en los baldíos.

Te estarás preguntando si es preciso alargar la vida
con tantas palabras, tantos gestos, tantos y tanto.

*(Lo que yo encuentro, lo que yo busco,
¿estaba ya en algún libro?)*

Y un olor familiar desde la cocina vacía te despierta.

SILLAS EN UN AULA SIN VENTANAS

Cada mañana nos recoge como sillas desparramadas,
reconoce la inútil contigüidad de las cosas en un aula:
el pizarrón con una fórmula de física que lo precede,
un dibujito obsceno que nadie ha descubierto del todo,
los pupitres con mensajes, las tizas encendidas ...

Las sillas entre todas las cosas somos extremadamente receptivas.

Él nos reúne alrededor sin un orden premeditado,
Nos lee versos de poetas olvidados
y cuenta cómo después de siglos vuelven
para repetir lo nuevo y abrirlo como una puerta.

No hay en sus palabras exageración alguna,
tampoco demasiada realidad.
Algunas sillas se atreven a responder
y entonces, inexplicablemente
aparece abierta una ventana
corre aire y entra un moscardón de panza amarilla.

El capricho consiste en tejer una tela de araña
entre todos para quedar envueltos en ella,
y zumbar alrededor de una mentirosa verdad.

Hasta que él, de repente, agoniza,
desconcierta y muere en medio de la lectura.
Pero no se produce escándalo alguno, noticiero o expediente.
Pronto todo se olvida como debe ser.
Durante esos momentos lo rodeamos

arrastrando nuestras cuatro patas,
excluyendo de nuestro radio la indiferencia
de los otros objetos, formando
el círculo ilusorio de una verdad opinable.

Cada una ha cumplido con su función heredada,
no habrá represalias formales por los disturbios mentales
ni habrá sufrido con esto la exigencia del saber.

Mañana por la mañana -se sabe- el viejo resucitará
una vez más.

UNA CRÓNICA DE FELPUDO

Algo ha quedado sin decir entre los dos.

¿Cómo decirlo todo?

La ventana se traga la cortina de voile
y como si esa acción no ocurriera
alcanza -envuelve- uno de los dos cuerpos:
el que está parado y fuma.

El mundo no está más allá, orilla y retrocede a cada instante
y no vuelve.

Ha llovido toda una noche y no hay caso con el calor

Un aire quieto de los tilos empalaga .

La lluvia da sed. Mucha sed.

Pero se irá la madrugada sin que tome algo fresco,
inmóvil uno frente al otro, desnudos.

¿Por qué esta quietud fotográfica
en que todo se concentra para negarse a existir?

Las gotas hacen un ruido constante y sólido
al caer en las hojas nuevas del árbol,
testigo invisible de toda la escena,

y surge un ritmo continuo que apaga el silencio
y se apaga en otro silencio hasta lo inaudible.

Cualquier interrupción haría detener un corazón.

Cualquier otro ruido que continuara el silencio
después de aquel estampido

*¿Quién podría contar esta “tragedia de alcoba”? , preguntás a tus
alumnos con el diario viejo en alto, ese que encontraste como felpudo al
entrar esta mañana al colegio. Alguien joven se atreve:*

*-Un revólver tirado junto a la cama del otro lado de la ventana y
abajo, un cigarrillo que sobrevive. La crónica del día después no*

*contará esto, la duración de esa chispa en que todo es todo para dejar
sólo
ceniza, humo.*

EL PELO DE BERENICE

Se aleja una espalda morena
sobre la que cae flexible la alianza del pelo y el aire
y cubre y alcanza las nalgas latigueante.

Más que una espalda, diría:
una emoción con largas piernas
en que se ahogaría la mano ahora,
o en la escritura, siempre.

EL SUCESO

Servido en un plato ante tu cara expectante
está también la amargura. Como
el humo de la sopa se eleva y lucha
con el aire y con lentitud sorbo a sorbo
su causa líquida desaparece.
Se hace carne, es cierto, palabras.

Depende entonces de una mosca verde, lustrosa,
que cambien tanto las cosas. Zumbando en
el blanquísimo borde de nuestra existencia,
poco antes de que un chico
le diera un manotazo sin suerte,
y la siguieran por el aire
con envidia sus
ojos
contentos.

UN BLUES DESPUES DE LA FIESTA

Alguien debe estar lavando todo eso,
debe ahora blanquear pisos y manteles,
quitar manchas color sangre,
acallar voces de los borrachos,
ordenar cubiertos y aceptar las cosas
como se presentan hasta que vuelvan
a presentarse como fueron aceptadas.

En esa clase de fiestas las huellas
deberían delatar a sus invitados,
deberían volver del vacío de su final,
entre sobras de comida, botellas vacías
y dispepsias del día que aún no amanece.
Pero en el silencio de esta madrugada
están apareciendo bandadas de teros
que cruzan largamente la ciudad
y también un hombre negro y sin edad
que saca algo luminoso de su maletín.

A estas horas todas las ciudades
entran en la eternidad
y en la radio del taxi del que bajó él,
se oye todavía a Parsons en medio de un
“time is flowing like a river”.

Es el momento después de la fiesta,
cuando las fechas de una vida
dejan de importar y un negro
apoya su trompeta luminosa, mira

el Río de la Plata, y podría decir:

Siempre he sido uno de los grandes, antes que esos tipos listos que escriben libros lo supieran y también después de que hayan dejado de decirlo, y si me muero mañana, no encontrarás en mis bolsillos dinero suficiente para pagar mi entierro. Pero soy Billy Swann, y cuando yo me muera no habrá nadie en el mundo que haga sonar esa trompeta como lo hago yo...

Podría decir pero no lo dice
(está escrito en una novela de cierta fama).
Él prefiere en la bruma rosada
de la costanera tocar para nadie,
porque la fiesta terminó y la música
surge de una germinación de cadáveres
mientras los vivos duermen
y la ciudad es un cementerio sin flores.

OBJETIVOS DESAFORTUNADOS DE LA CLASE DE LITERATURA

Leer a Maupassant a estas horas de la mañana en un aula,
tentar a una piedra a que repita un verso de Eliot,
plasmar en un pizarrón el mapa semiótico de un cuento de Cortázar,
charlar de cómo la incerteza de Heisenberg
se parece a la de Bloom leyendo en un andén de Constitución,
caer en la cuenta de que un cartero y su neruda pudieron existir,
despertar con un verso de Borges de la noche anterior,
abrir la carta del suicida y ver salir las golondrinas de Bécquer,
horrorizar tambaleando en el borde del pozo sartreano y caer,
caer infinito como Leopardi a un amor cursi y desesperado...

Todo, por suerte, rápidamente desbaratado,
y salvada la literatura, con mis alumnos,
de semejantes tempranas pruebas.

Todo por obra y gracia de una humilde ventana que se abre
y un pajarón que bosteza.

ODIOS Y CONSPIRACIONES

...y en un bonito mediodía de verano, sin pensarlo se odia y conspira
mientras el negro rapado, el germano blanco,
el griego culto, el oriental tatuado
admiran la retórica de los baños públicos.
Sin pensarlo demasiado,
uno, un día, empieza a odiar y no para,
mientras César escandaliza y pronuncia su discurso
y en otro lado, ante esclavas de la Galia, caen túnicas de hilo y fajas.

Se odia y conspira, digo,
una noche, mientras abraza el viejo Claudio
la juventud negra de una etíope
y se enlazan los cuerpos de dos aceitadas saltarinas
al son de bombos y plazas.

Se odia también de repente
mientras renegocian el impuesto a la sangre y la memoria
y, sin contradecir el sueño de Calígula, la cabeza de Roma
es degollada de una sóla vez, mil veces.

Se odia y conspira, sí,
con la roja letra de los libros de historia
o con el canto patriótico de los siglos
o con el punto final a lo que no comienza.

. . .quieto ya,
ante el ancho vuelo de los teros, has leído estos odios
con *mis* ojos sobre los ojos de multitudes:
Hemos odiado tanto.

LA JAULA DE HIERRO

Atrás, en la última fila no me escuchan y
creen que se esconden
(invisibilidad adolescente en su modorra gaseosa)
De las orejas se derraman hilos blancos,
vibrantes de pop,
Un eternauta flota en su música,
con silla y todo, sobre el inframundo del aula.

Mientras tanto, voz e imagen de Cortázar
barbudo, exilado, tierno emerge de la oscuridad
de velorio en que se recuadra la pantalla.

Es una buena película, algo larga, cierto, pero
Julio habla de la gota que resiste y de Osita. *¿Quién?*
Rien de los bautismos insólitos del amor
y tiene gracia la intimidad de un viejo.

¿Managua?
¿Qué revolución?
¿La del partido de ayer?

Asciende del simulacro entre un gol de Ríver
y una voz rara de un escritor viejo, algo
que conmueve con la gotita en la rama que
se resiste a crecer, a creer.

Ampolla de tiempo donde la luz hiere,
atraviesa tanta magia de espejos,
Toritos y Guevaras, nubes pasajeras y

una eternidad
que envejece un día con nosotros.

EN UN VIEJO LABORATORIO DE FOTOGRAFÍA

Hay una suma de cosas en la sombra que
las ventanas clausuradas dejan crecer
desde hace años. Además del piletón,
la ampliadora, el abrillantador, los frascos de ácido
y la luz inactiva, hay ese presentimiento,
el mismo de la primera revelación
cuando la inexistencia tuvo un colapso y
mil partículas se concentraron
en la historia de una sonrisa.

No es algo nuevo sino lo contrario, apenas
si es algo. Se parece a los bares oscuros del puerto
entre putas y algún extranjero. No se trata
de palabras ni de costumbres, hay
una suma de cosas flotando como cadáveres
que nadie podrá identificar.

EN UN CAFÉ ESTILO...

Tiene el viejo un diario en las manos. A veces,
retira la vista, pasea por los espejos, trepa
por columnas de mármol (es un café estilo clásico,
en Buenos Aires, a finales de los noventa, y
también podría ser en la Alejandría
de Cavafis, con él sentado a una mesa).

El humo piadoso de cigarrillo (el médico
hace años se lo ha prohibido) lo envuelve
como los cabellos de una joven (prohibida también).
Paladea el café y cree en la demostración
ante sus ojos, de que el presente no existe
desvanecido en las paredes enteladas,
las arañas de bronce y el terciopelo de la silla.
Oye voces calladas de una primera fiesta.
Y se conserva fiel a su eufórico momento.

Inventa, por eso, al que es,
y secuestra de las sombras apenas iluminadas
el recuerdo de un joven en la barra
tomando una cerveza y renovando las esperanzas
de que todo sea una farsa más. Se mira
en la certeza con que cuentan la historia,
las fotografías.

Se han ido muchos, en la espalda lenta
de la secretaria de la Ford
ante la ovación futbolera de Miguel
que murió de cáncer y Gustavo

de soledad en un geriátrico; probar que
un día, lloraron en un puterío de Río
o que desafiaron, navaja en mano,
el miedo en un callejón de Almagro,
es cuestión de fe y nostalgia...

Al límite ya, de una conciencia exhausta,
sin nadie a quién contar nada,
vuelve a la página deportiva
para encontrar un héroe vendido por 100 millones
de dólares a un club de los Emiratos Árabes.
Al fin, alguien tan viejo como él,
gesticula un saludo y el viejo repite el gesto.

Todo para confirmar que aún se mueve.

PEEP SHOW DE UN GATO

Entre tus piernas, Quintiliano, te atrapa con
su danza
y su maullido
en el apuro del día.

Una electricidad pegajosa te queda
después de acariciar el lomo de un gato.
El lomo de un gato (que a lo mejor es una gata)
se arquea en el tobogán
en que termina levantando temblorosa la cola.
Y se sabe (casi no hay dudas) que es una gata.
Su sexo predispone como una flor,
contorsiona el tallo,
lo estira
y sacude.
No hay evidencia alguna de que te sea fiel
ni de preferencias afectivas
mayores a las que hay en un prostíbulo.

Consideremos que en el apuro del día
esta confusión animal
fue como mirar por una cerradura eterna.
¿La puerta?
No, no se abrirá ni después de tu muerte.

Consideremos también, que, al alejarte de la escena,
no importó que bien fuera
o un gato o una gata.

TERRITORIO ANIMAL EN EL JARDÍN DEL EDIFICIO.

La has visto detrás de los vidrios del hall tejiendo
sus idas y venidas en el paisaje de las estaciones,
un movimiento acompasando el otro,
sutilmente relacionados.

Poco sabés acerca de esa tarea diaria con que organiza
el mundo aquel, ignorando la propiedad privada
del jardín y los oficios temporales del jardinero.

Sabés

que deja a la vista una red de senderos uniendo
puntos distantes donde bebe furtiva, se rasca obscena
y defeca con prolijidad. Sabés también
que oculta su memoria tras el revés de sí,
anterior al espacio mismo en que la ves moverse.
Contiene –suponés o te lo impone-
el secreto del universo, el big bang
de las estrellas que de noche persigue.

Decidiste un día, para tu perdición, darle de comer y
desde entonces, por razones inciertas
te reconoce entre los demás,
muestra una forma descortés de gratitud
con la que te culpa de algo,
maúlla detrás del ventanal con sólo verte, como si
te esperara desde mucho.

Otras veces, mientras esperás un taxi, observás su sueño,
su eternidad indiferente ahuecando la tierra.
Ese mismo lugar donde regresa desde la noche
y desde el cielo con los ojos escapados

hacia una contemplación sin límites.

Repite con todo eso -podrías asegurarlo-

un destino previsible

que a ella no le interesa anticipar en lo más mínimo.

PALOMAS EN UN BALCÓN

Es el vuelo inaugural. Dos que vuelan giros anchos
en el viento de septiembre. No existían apenas unos días.
En un recodo de un balcón deshabitado
mil veces con las patas insistentes en un baile
de buchets verdes e inflados, apretujaron primero ramitas,
después tierra, guano y hasta una negra cinta de embalar.
Se hicieron una presencia en las mañanas, una pausa
de la charla al bostezar, una visión afirmativa
desde un quinto piso, en una ciudad junto al mar.

Un día hubo tormenta del sudeste y la inexistencia
se llenó de espera. Se ovillaban macho y hembra
en una obstinación de cabezas diminutas.
No volaron ese día ni al siguiente, quietas de toda quietud.
La historia se detuvo antes de terminar.
El viento cambió y trajo un cielo sin arrugas
para repetir los signos de nacimientos y de vuelos
primeros, manojo incansable de inauguraciones
y de balcones abandonados.

UN VESTIDO AZUL

Volver sobre los pasos. Confirmar lo que se nos ha ido.

Reunir en el ojo la multitud de un subterráneo

cuando el mundo regresa a sus casas:

una selva de brazos enredada en los pasamanos,

las caras en la enramada soñolienta, el silencio

de los carteles publicitarios, los zapatos entreverados

en la quietud, un saxo relampagueante, una valija

entre las piernas...

Cruzar las miradas ahí mismo con una mujer

vestida de azul en el andén de enfrente cuando el túnel

se ilumina de lejos. Quietud y movimiento reunidos,

una alegría creciendo en un cuerpo vencido, momentos

antes de que un tren se cruce y desaparezcamos

infinitamente en direcciones contrarias.

Un punto fijo para el ojo.

ACERCA DE UNA VIEJA CANCIÓN

¿qué pasa con esa canción? ¿por qué te hace llorar?
“What about the song? Why does that make you cry?”

The dead,
de J. Joyce.

No creía entonces que el amor
pudiera destruir nuestros sueños.
Más real y maduro nos dijimos,
una manera reinventada de mundo
en que mil murieron al elegirla.

Me escribiste, ese día, un poema
que nunca decidiste publicar.
Sí, me maravilló ser deseo, palabra,
referencia, cómplice. Pero nadie se enteró
ni los leyó, y como siempre, pasaron
otras cosas. *“Nothing is very much fun any more”*,
cantaba Pink Floyd y me hacía llorar.
Preguntabas por qué y no conocías
que alguien pudiera haber muerto
muchos años antes, de este mismo amor
que ahora también vos sentías.

Luego eclipses, sueños de importancia,
uno o dos viajes que nos separaron,
un amante o dos, insignificantes,
aunque a veces mi cuerpo los recuerda.

Al margen de todas estas palabras,

insisten en quedar estas imágenes:
los lugares en que está lo que fue,
y lo que no fue y pudo ser mi vida,
como una estación en la que nunca bajo.

El mar crece y el agua escapa de nuevo.
Recuerdo la lancha y el color lila
que sobre el mar, tiene el atardecer
en esa Indonesia que aún sobrevive
ocultamente dormida en mis ojos,
anterior al mundo que sobrevino
y ya sin puertas para vos y el mundo.

Otras cosas, con las que más real
y maduros dejamos de ser iguales
para ser los mismos. Y, con cada una,
estar como si ayer hubiera sido ayer.
Estar en los hijos como en nosotros
sin estar ni serlo, sólo envejeciendo.
Hasta obtener la estatura del malentendido,
la confirmación del infierno en el otro.

Nada es demasiado divertido para siempre.
Ni este vestido azul que me regalaste
ni el cuerpo cansado que debajo llevo.

Tan sólo por nuestra propia cuenta
llegamos a ser personas solitarias
buscando aquello que al poco tiempo
nos disgusta tanto y nos fastidia.
Tal vez, el amor consiste en este alivio.
He matado mis ojos y ahora no te veo.

UN CUERPO QUE SE HUNDE NO PUEDE ESTAR MUERTO

Nadie anda por la calle que hasta hace poco
se había llenado de vendedores y de idiomas.
Ahora mismo se pueden escuchar tus pasos,
desde adentro de las casas cerradas,
y seguir, sin oírte, cada uno en sus cosas.
Flotan olores de festines con especias extrañas;
El galo, el germano, el hispano y el africano
duermen en camas romanas y sus negocios
dictan leyes, compran destinos y visten toga.

¿En procelosas aguas de guerras civiles, qué
más podía sostener a la vieja nave del poder?

Ascender es difícil; el silencio pesa a la espalda
entre las gordas burbujas del lastre del pasado.
No tenés nombre, hundido en la noche,
y oís -podés escuchar en el fondo- respirar
la gran ausencia que flota como un cadáver,
cuando en las orillas los tilos florecen
y el viento anda en los techos, con sigilo:

Desaparecido, Quintiliano, nadás a otra orilla.
El agua de los silencios es un mar caudaloso
en que los oradores se ahogan bajo el peso
de sus discursos, pero la corriente arrastra
la hoja seca y hasta la piedra más pequeña,
arrastra a los que dejaron de tener un nombre
y los hunde en sus aguas sin que mueran.
A la orilla, algunas preguntas traen las olas

sin respuesta por ahora: *¿quién, qué,
dónde, con qué ayuda, por qué, cómo, cuándo?*

Los que podrían responder han desaparecido.

Ni la erupción del Vesubio, ni la hermosa
Berenice, ni los doce mil esclavos de Judea
que construyeron el siniestro Coliseo,
ni las dictaduras ni los cómplices y traidores
se podrán conocer más que esta gran ausencia
de brillante palabra y oscura verdad.

Ante océano tan inmenso, maestro, estás sin nombre.

Bajo la lluvia, nadás a otra orilla donde nadie
hundirá tu cabeza que como a una boya
se adhieren mejillones, glosas,
desaparecidos y *la íntima compañera de secretos*.

LA UTILIDAD DISTRAE

Un cenicero por ejemplo:

un lugar callado sobre esta mesa,
en un bar a las dos de la madrugada,
con voces y música que nadie escucha.

Las formas se mueven y multiplican a su alrededor:
una cadera que ondula y reaparece redonda...

El cenicero ante mí, sin historia,
pero lleno de futuro,
más que cualquiera de nosotros.

-Demasiado real para soportarlo.

PERSPECTIVAS

Entre ese pedazo de madera encendido y yo
hay aire atrapado en los ojos del que mira,
aire encendido como en una fotografía vieja.
Entre ese pedazo de carbón humeante y yo
hay tiempo que de pronto sucede y desconcierta.
(Era de los cajones de durazno del último verano
con el tacto de la pelusa y la viruta amarilla,
estaca para los plantines de albahaca y tomate,
estante para los frascos de conservas
y leña para el asado que hemos terminado).
El otro, el que mira, no reconoce estas cosas,
se escapa en el último tren y abre su libro,
(una traducción de las Instituciones de Quintiliano
en la colección de “los sucesores de Hernando”).
Una manera del mundo se escapa en el tren.

Entre ese pedazo de conciencia y su cabeza
se extiende en simultáneo la inexistencia
y hay entonces una perspectiva que nos separa,
una continuidad en que lo real se evapora.
Yo y él somos extremos de una contradicción
que miro alejarse de la madera como una chispa,
que me mira alejarme del libro como una idea,
en la niebla que ahora se levanta entre las vías.
Él ahora mira de reojo por la ventanilla
descubriendo arriba la luna y aquí, al margen,
un relato ausente, posible y sin escribir.
Nada más se debe decir. La distancia
abre su abanico de posibilidades diversas

y aleja mi mano levantada en el fondo último
de un vagón de cola, en un renglón final
en un siglo que ya cuenta otra historia.

EN EL TREN

No lo conocía. Nunca lo había imaginado.
Subió en una estación sin nombre y casi abandonada.
Se sentó y abrió el cuaderno. Escribía.
Lograba concentrarse en aquella imagen
del sol entrando perezosamente por la ventanilla,
cercenado por postes y puentes:
*“como esas vigas de quebracho a un lado
de las vías entre matas, azar
y nubes imperceptibles de mosquitos...”*
La palabra *azar* sonaba ajena, y buscaba acomodarla
a su lengua arcaica y colonial. En su boca
había una ausencia, una resonancia de siglos.
Azar repetía. Yo lo oí murmurar.
Una palabra en la expectación
y viajando a un destino. *Azar* repetía,
viajando por otra vía más estrecha.
Un sonido que bien podría ser otro cualquiera.
Patria, amor, infancia, belleza, libertad,
qué sé yo. Exilios del poema también
a un lado de las vías, entre imperceptibles mosquitos.

Y este tren que pasa con todo dicho adentro,
de regreso a pueblos que han dejado de existir,
y de ida a otros tantos que aún no existen.

LA MANO DE DIOS

*“Diestro aquel en volver con distra planta la pelota
que huye, compensando con los pies el oficio de las manos...”*

Astronomicón de Manilio Antíoco.

(circa s.I d.C)

La pelota escapa con la poca elegancia
de una cabeza decapitada; rompe
con leyes de quietud y buenos modales.
Pudiera ser algún domingo por la tarde,
con calles vacías y un silencio de pájaros.
Pudiera ser en cualquier parte,
en cualquier tiempo, efeméride patria
y/o circo romano.

Pero sólo fue
en un lugar y un momento. La cosa es
que el salto está todavía en el aire,
en el extremo exahusto de un músculo
contraído por una guerra y una derrota.
En el sexto minuto nació,
de un empatado segundo tiempo.
Y en la ovación gloriosa, Maradona
por encima del inglés se eleva.

Después fue otro día, apenas salió el sol
se habló de trampa y hasta de dios se habló.

PARADOJAS DE UNA OFENSA.

¿Qué pasa que una abeja confunde,
en el foro romano,
una imagen de piedra con coloridas flores?
Zumba enojada contra el arte
y se eleva como un átomo en fisión contra el cielo.
Otras insisten.

ENANOS EN HOMBROS DE GIGANTES

Hemos visto, Quintiliano, en San Bernardo
la metáfora -demasiado literaria- que Newton repitió.
La altura de donde se ven lejanías
son hijas del tiempo y son vanidades:
ahí la velocidad del sol se detiene igual
sobre las vidriadas cabezas de Isaías y los profetas.
La determinación de la luz surge de infinitos intervalos
dispersos en el vacío: dos hombres
de distintas épocas miran un puñado de colores,
fuera en Chartres o fuera en Calahorra,
entre enfermos esposados a las camas del Muñiz,
o en la Vía Sacra transitada por negros africanos,
mercenarios, griegos charlatanes y mercaderes.
Dos puntos distantes en una circunferencia
de interpretaciones y equívocos famosos,
que al alejarse se aproximan en virtud de una ironía divina:
Antiguos y modernos, ondas y partículas.

Hemos visto, Quintiliano, un tejido
de insistencias históricas cubriendo, primero,
la piel animal, con la suavidad en que se complace
la ilusión de toda verdad. Después,
nos han vestido con elegancia de monos viejos.
Las moscas revolotean sobre el cadáver de la poesía
en el vernissage paródico de las galerías,
en el aire teórico de los paradigmas,
y en funeral de la gran nada, donde ambos,
maestro y discípulo,
ejercemos este poder de cerrar los ojos

y caernos.

ANQUISES

“tua me, genitor, tua tristis imago...”

Virgilio, En. VI, 695

Tiene dos puertas el juego y una le pertenece
al que ya no juega: El viejo me esperaba
junto a la entrada desde hacía más de una vida.
Sobre un cuerpo impostor y gordo
se extendía el mismo cielorraso del casamiento.
La casualidad y las palabras aciertan
a enredar la memoria. Y empieza a contar
el mismo cuento de Troya, con el llanto de Príamo
rogando por el cadáver de un hijo. Lo atraen
más las palabras que los hechos y se diría
que no hay bordes reales entre unas y otros.
Y quién sabe por qué extraña relación, ríe
y mirá una foto con caras sonrientes, un sombrero
y una morena tetona con la cara borrada. Brasil,
la ciudad de Pelotas y el barco en que cruzó
el Ecuador. Fue nudosamente todo eso que sube
a la cama y ronca hasta que se sobresalta y
la noche se hace una grieta muda llena de preguntas
sin respuestas: ¿quién?, ¿qué?, ¿dónde? ¿cuándo?

Al despertar toma unos mates, en tanto cavan
en el cielo teros y nubes según ese orden
aleatorio y precario de la mirada detenida.
Burocráticamente incorporado al inodoro
deja de oír detrás de la puerta lo que una radio
dice del mundo mientras entra al amplio Elíseo.

Cumple mil años y más, para probar el agua
del olvido y volver a vestir un cuerpo
y estas aladas palabras que recita ante el espejo:

*Padre querido, monta a mi espalda. Te sostendré.
No puede agobiarme tu peso. Y pase lo que pase,
uno es el peligro, una la salvación para los dos.
Toma en tus manos, padre, los cuentos sagrados
con que el camino aleja de la horrible guerra
y de la compañía de los que ya no responden.*

(Él y yo que lo he conocido, guardamos en secreto
que siempre de dos necesita una historia,
aunque no siempre los dos estén a un tiempo.)

LA MEJOR APUESTA

Estás en mí. Con cerrar los ojos
debiera verte y no. Ni con los ojos abiertos
ni en sueños. Nos parecemos, dicen.
La nariz y algo en el caminar,
en la expectativa renovada del *no va más*
con que la suerte gira y asfixia
a un yo obcecado. Por eso puedo buscarte
en el fraude aplastado de una fotografía.
El testimonio de una época de secuestros
y censura, con el río atrás y un grupo
de caras sonrientes del que por un momento
(en el ahora mismo), te has separado,
lleno de mala poesía, para alzar al cielo
la cerveza frente al Paraná enrojecido:
-¡Salud, padre río!

Alguna vez me contaste quiénes eran
y la historia de aquel paisaje de palmeras
y casino de lujo y que la suerte no hizo diferencia,
y que ninguno tuvo el número que gana.
Pero cruzar el río de vuelta, entre ahogados,
asesinos y dorados de cien kilos,
necesitó de buenos amigos remeros
felices, borrachos y vivos.
También lo sé (debe ser por nuestro parecido):
La mejor apuesta comprende un pacto
en que no juzgamos ni somos juzgados.
Ninguna verdad agrega o borra un renglón
a la pequeña historia de un alma.

CONSTRUCCIÓN ABANDONADA

Un bosque de grúas gigantes enmarañan el atardecer.
Las sierras eléctricas enmudecieron y los obreros
fueron despedidos hace unos días.
el silencio es distancia.

Las ventanas que abre la tarde desdobra
un encaje exaltado y crespo aunque insiste
con pigmentos menos oscuros, la realidad.
Promete un tono más constante,
más consistente. Más.

Y el edificio aún no está ahí, ni
cada una de las voces a la hora de la cena
ni alguien que las escucha desde la calle
que tampoco existe. La arquitectura del vacío
enreda el futuro con el aire. Y hay una quietud
contagiosa en la construcción. El abandono
semejante al del poema que no se logra
y que carece de cuerpo entonces,
sin intento ni fracaso que lamentar.

BATALLAS NAVALES (1976-1982)

Un balde lleno de agua, con el que jugamos
hundiendo y reflatando buques de guerra
en el patio al sol tibio del invierno.

A la mañana siguiente, una grieta a lo largo
anuncia el desastre de lo insignificante:
se ha congelado el Océano Atlántico.

¿Cuál sería el volumen exacto, densidad,
masa y condiciones? ¿Cuál el vacío
entre sus átomos? ¿El peso específico
de su verdad calculable y predecible?

Un buque atrapado entre los glaciares
comprobaba inequívoco, ante dos almirantes,
la presencia angustiosa de la física.

De nada valía saber hablar bien o mal,
ni la diplomacia ni la mano de dios,
cambiaban el silencio de tanta muerte.

Por la paradoja molecular del agua
la transparencia pudo quebrar un balde,
detener una guerra y verificar el frío
con que ese año concluyeron las batallas.

CLASE DE FISIOLOGÍA

En el baldío del colegio entre las calas
hay dos conejos blancos. Agonizan.

No sabés quién, ni cuándo, ni dónde,
ni por qué, ni de qué modo, ni
con qué grado de agonía se disgregan
las insistencias animales.

Tienen incisiones en el vientre. Una muerte lenta
que los condenó a sentir el vacío de las venas.

Muchas veces, los viste en un laboratorio
donde los alumnos concurren cada uno en lo suyo,
múltiples, acompañados por un fisiólogo.

Se concentran en la comprensión
de una única acción: la contracción de los músculos,
la transmisión de impulsos
a través de un nervio enrevesado,
la secreción olorosa de una glándula
que denuncia el miedo.

La anestesia del animal no lo salva
de morir a poco de despertar.

El corazón le palpará unas 100 o 200 veces,
la pupila se abrirá otras tantas más a la luz
y verá durante un minuto
un rostro gesticulando sobre sí.

Todo se anota: se vuelve escritura.

La vida es un conjunto de fragmentos
que continúan funcionando durante algún tiempo.

Signos que agregarán un sentido
una vez que agoten por su cuenta
el gesto de su soledad.

RARO SUCESO EN LA TERMINAL DE ÓMNIBUS

I

Terminal de ómnibus, dos de la madrugada.

Una red inconsistente de destinos que no dejan huellas,
apenas unos boletos arrugados, y en medio de la misma
un reloj desajustado de ilusiones y tristezas.

Ensayo o enreda crónicas falsas la eternidad.

(La eternidad espera siempre al borde del andén,
con el cigarrillo en el labio, las partidas húmedas,
las intersecciones con el infinito, los regresos
una tarde de lluvia y tortas fritas.)

A veces, te decís como cantando un jingle,
todo va mejor con mentir, inevitable.

Por eso, pasará el mediodía y también la tarde
sin una sola palabra más. La terminal mide
con su reloj un tiempo en el cuadrante iluminado
tan inexacto como las respuestas. Es entonces
que de lejos vuelve uno de esos micros:
la idea de un dios que está más solo que vos.
Conductor de noche por las autopistas del sur,
recién llegado y, ahora, en una mesa oscura
ante el café con leche y la página de deportes.

II

Terminal de ómnibus, a una hora imprecisa:

En un andén hay una mancha de gasoil
que ha logrado la forma de una cabeza calva.

Un hombre -lo estás viendo- la mira hipnotizado,
carga su valija, aprieta los puños. La casualidad
le alcanza un espejo derrotado. No es lo que ha vivido,
pensás, sino lo que parece que no vivió.

Puede que sea un viajante como el de Miller, o
un poeta que se asombra del olvido perezoso
de cada noche: no haberse matado a la tardecita.

Terminal de ómnibus, pasada la madrugada.
Las viejas arquitecturas están arriba de los carteles
y de las vidrieras con electrónicos, ropa de ocasión,
ofertas, mugre. Mareas de naufragios imprevistos.
Todo eso cubre al pasado como un musgo brillante.
Dios, que está solo como vos, da dos bocinazos
y escapa velozmente. (La terminal de ómnibus
no es un lugar para respuestas inoportunas).

UN HOMBRE SIN TRABAJO

En esa calle “como un aburrido argumento”,
a la hora de la salida, aparece siempre
el hombre que ha perdido su último trabajo,
un hombre que va con insignificancia
irreparable en sus mortales setenta kilos.
Este hombre, todos los días, ante las puertas
abiertas del colegio, cuando raudales de
coludos espermatozoides nadan atrapados
en las redes del futuro, entre los más fuertes,
él, entonces busca a su hijo entre los hijos,
y lo encuentra y se parecen como dos copias.

Hay gente -te decís- que sabe la diversidad
escondida de los peces en sus aletas o colores,
leen signos como en la borra del café, dicen
que los puede llegar a leer una gitana, saben
nombres del agua escamosa y arrugada
y aquel idioma suena con la voz muerta del latín
thunnus obessus, netuma barbus, leporinus fasciatus.
El hombre que trepa al colectivo noventa y dos
es su patético intérprete y a esta hora estomacal
en que todos corren, aquel hombre y vos
-te imaginás- se asoman al borde de una pecera,
donde la refracción vibrante de la materia
los hunde entre heniocos y holacantos y miles
de poemas de improbables resultados.
Los une -confirmás sonriendo- la inutilidad
en que la época arrincona lo que nadie necesita.

MIRADAS

Un chico me mira ahora y sonrío,
entre las piernas de una mujer,
que seguramente es su madre.
Hay palomas que lo sobrevuelan
y a su alrededor el mundo es leve.
(Quién podría mantener la mirada
De un niño: los ojos pesan).

EN LA BALLENA DE JONÁS

*“el día aquel del juicio, los hombres
de Nínive se levantarán contra esta generación...”*

Mt.12.41

El vacío azul de la tarde se llena de pájaros
y se enrojecen las lomadas de Otamendi.
Es un cuadrito que no colgarías en tu pared.
Detrás o adelante, está esto de una ventanilla
con verdades empañadas y la bestia o la ballena
que bocinea, motorriza, frena, adormila
en un mugiente murmullo digestivo.
¿Dónde termina el paisaje? ¿dónde comienza?
-preguntás de nuevo en tu soliloquio.
En medio del camino entonces la bestia
se traga cuatro cabecitas rapadas
con sus guardapolvos de lavandina
y dienteitos de viejo. También una maestra.
Avanza se desplaza, areniza, ronca,
sobre una recta de puntos fijos y tiempo.
La niña del vestidito rosa secretea una emoción
de telenovela. La señora del bolso con plumas
pispea páginas con historias del corazón.
Siempre hay una modelo y un futbolista.
Campo de girasoles, lechuzas diurnas afuera,
sobre postes de alambrado, y garzas blancas
en el reflejo de los charcos de la lluvia.

*-¿Dónde termina el paisaje? Tres días, ya.
¿Cómo se verá bajo la sombra del árbol*

*este movimiento hacia ninguna parte
o hacia todas que es lo mismo?*

Te esperan. Volverás a dar tu clase sobre
los verbos irregulares y leerán una bonita
poesía de Juan L. o de un amigo poeta...
Aprendiste la lección. Más de treinta mil almas
no distinguen ahora su mano derecha
de la izquierda ni el paisaje que se cuenta
del que ni se ve ni se entiende.
La bestia ronronea, repite, increpa, ruge, enseña.
-Nunca desde Tarsis se llega a Nínive
-decís en voz baja aunque no hace falta.
¿Quién puede entender? ¿Hay que hacer el esfuerzo?
De eso se trataba, entonces, la Biblia
junto al calefón, en medio de los dibujos
de un corazoncito y una pija virtualmente
dura y victoriosa, en las paredes de la cárcel.

El vacío azul es hermoso -dirías- cubriéndolo todo,
sepultándolo todo mientras la bestia ronronea
y devora guardapolvos blancos, cabecitas negras.

EL POETA JUNTO A SU MUJER ENFERMA

Y entonces mirás sus ojos, en medio de una cama de insomnios.
Se clavarón en la enfermedad, arrancados de otro tiempo
en que un retrato aún promete una vida,
hombre y mujer vestidos de fiesta sonríen con sus carnes firmes,
los cabellos peinados, los dientes blancos, los ojos...

¿Los mismos de ahora?

Te preguntás como cuando a la mañana, te ponés delante del espejo,
mirás la barba que ha crecido independientemente de los hechos,
sentís el dolor de cintura y el sueño que se aleja de los huesos.

Tus ojos se parecen a los de alguien que ya no existe.

La calle, el mundo de todos los días, la época se han ido
entre palabras de novela y poemas.

Algunos hubo de amor y con adjetivos imperdonables.

Gestos de Morrison, en un como si

Riders on the storm saliera de tu garganta y tu alma.

¿Qué hay ahora en esos ojos?

Los sentidos del viento cabalgan la tormenta ahora y siempre.

Lo sabés. Las palabras están cansadas
como esos caballos exigidos, que perdieron las alas.

Menos esa palabra que la nombra, insistente en su oído:

y mirás mis ojos, Quintiliano, que vienen a vos
desde la época, y entonces hay palabras entusiasmadas,
y entonces mirás sus ojos, viéndote siendo visto.

-Yo sé cuál fue la apuesta- decís al oído a esa mujer
que muere con la calma luminosa y azul
de un aturdimiento en el fondo del mar.

La apuesta nadie sabe si se perdió. Es una carta
que cayó del bolso de un empleado
en un rincón de un correo en el fin del mundo.

Llueve y sus ojos traspasados no te ven.
Le gustaba estarse quieta durante horas mientras llovía
ante sus ojos verdes.
La ventana del hospital está empañada. Tiene la memoria vaga
de lo incipiente y abandonado.
El desbarajuste de la luz que la atraviesa tiñe nuestras macilentas carnes.

Te ha reconocido de pronto. El ruido de la lluvia es extrañamente el mismo.
Tu boca también. Y la mirada.
Ella te sonríe y entonces vuelve de un largo viaje que nadie avisó.
Alguien afuera cruza la calle bajo la lluvia. Va al trabajo
mientras ella duerme y muere. Alguien afuera
se lleva los ojos verdes que fueron tuyos.

ANTES DE IRNOS.

Me voy a poner en camino.
Voy a tardar en volver a verte
¿Qué podemos hacer?

Encargué el pasaje hace un tiempo
No. No sé todavía por dónde voy a ir,
iré a cada paso viendo
lo que queda y lo que ya no existe.

La memoria tira al viento
lo que no quedó bien atado
como las matas de menta junto al galpón.

A veces yo también siento que me llaman.
La voz es de alguien querido
que me quita este peso de encima: despedirme.

¿Las Sirenas de aquella otra Odisea?
O ¿Camile Javal en la oscuridad prohibida
del Cine Bristol?

Hay que reconocer la calma
con que familiarmente me abandono
en un mundo hecho fábula.

MALA ORTOGRAFÍA CON ORACIONES SIMPLES

En silencio / el dictado florece / entre cabezas inclinadas.
Un viento arrastra / los pétalos desprendidos / sus colores:
como las palabras se desgranar / en las patas de la abeja.
La voz dicta / y la mano se desliza. / Ortografía de la risa / tristeza.
Cárcel de la rosa.

En silencio / la carpeta amanece / con renglones metafísicos.
El miedo tiembla en la punta / de la espina y otra punza.
Este jardín enrejado ejercita / la dócil materia del polvo.
La flor se pudre / exagerado su perfume, / más perfecta / tal vez.
Los dedos están encorvados / de apretar / el sonido / de un zumbido:
“la baca muje i una erida tiene degando zalyir las avejas”.

BAJO LA NIEBLA

Eran moscas dibujando difíciles órbitas centrífugas.
Caras purulentas, piernas germinadas, nombres
alfabéticamente ordenados cada mañana
“a las orillas de un río de tiempo y muerte”.
Manojos de expectación renovando la histeria
en un colapso hormonal de certidumbres y esperanzas.
Acciones pequeñísimas de la alegría del cuerpo
alcanzando la velocidad observable del presente.

Así abandonabas el aula devastada por el examen,
el poema que recitabas (puede ser que fuera de Ezra),
pero ya no importa, como tampoco la biografía.
La niebla y la soledad tienen algo de parecido,
te esperan afuera. Húmedas las dos y frías.

Te alejaste, *nota larga de violonchelo distante*
Recitabas otro poema, pero las palabras
eran como chasquidos de piedra en círculos.
Un gato amarillo que rondaba lo real, frotó
su hocico contra tus anteojos, subió
a los techos y anduvo entonces los bordes del cielo.

Oíste también como lo habrá hecho Alfred J.
a las sirenas afinando sus gargantas de metal.
No, no te cantaban a vos, que eras invisible.
Ellas nadaban con voces de saxo y flauta,
hundiendo caderas, colas y espuma.

Dudar de tu existencia

no fue difícil entonces. Dudaste de la lentitud
con que la tortuga parece quieta, y de los siglos,
con que se mide la dispersión de la ceniza.
Dudaste de la evidencia y sus pruebas, de esto y lo otro.
Vanidad de vanidades, todo es vanidad.

Pero flautas, violonchelos, coros
se abrieron en el aire, y un salto de gato,
un orgasmo de sol, trepó por los árboles.
Así vinieron palabras aprendidas de chico
para desencantar tanta inexistencia:
Amor fue primero, *infinito y eterno*,
belleza, dios, niñez después y sin orden,
pueblo y patria también.

Allá iban montados a la desnudez hermosa de las sirenas
como nosotros, poco antes de entrar a clase
y dejar de hablar el idioma oficial.

¿Después? Habías muerto.

EPÍLOGO

A mis alumnos

Estos que se llevan un ícono alejado de mí y de ellos
como gorriones desbandados. Estos que integran sin saberlo
el paisaje del mundo que desde mis ojos no puedo ver,
detenido en una época ajena con la moral de los banqueros
y la buena prensa. Estos, en fin, mi convicción sin esperanza,
por los que mis días extienden sin sentido sus instancias
de novedad y fracaso.

A estos, por quienes, lejos de mí
maginé el salto exhausto de una ardilla contra tu corazón:
El salto de lo imposible en lo posible.



DATOS DEL AUTOR

Osvaldo Picardo (Mar del Plata, 22 de noviembre de 1955) es un poeta y escritor argentino. Es una de las figuras destacadas de la escritura del período posterior a la dictadura cívico-militar (1976-1983) en el fin del siglo en la Argentina.

Nació en la ciudad de Mar del Plata donde actualmente reside y es profesor de literatura en el Colegio Nacional Dr. Arturo U. Illia (Universidad Nacional de Mar del Plata). Dirigió la revista cultural La Pecera desde 2001 hasta 2009, en que se publicó su último número en papel; actualmente continúa con su web y versión digital. También fue editor y director de la Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata desde 2005 a 2013 y Vicepresidente de la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN).

Ha escrito ensayos y crítica literaria para publicaciones y periódicos del país y del extranjero, así como en catálogos para exposiciones plásticas y revistas culturales del país y del exterior como La Estafeta del Viento, de Casa de América (en Madrid), Cuadernos Hispanoamericanos, de AECI (Madrid) y Hablar de Poesía] (Buenos Aires). Entre 2010 y 2012 colaboró con el Suplemento literario de la agencia Télam.

Obra poética

Entre sus primeros libros de poemas cabe destacar: Apenas en el mundo (edición del autor, 1988) y Dejar sin ventanas la verdad (Hojas de Sudestada, 1993), que constituyen una primera etapa de su escritura hasta Quis, quid, ubi. Poemas de Quintiliano (Martín, 1997) en que se ahonda una «poética de pensamiento» y se observa con claridad una escritura «de la existencia en la que la referencia de lo cotidiano, la mención directa de los datos inmediatos de la conciencia, las circunstancias banales, las cercanías de lo contingente son trascendidas hasta adquirir condición dramática» (Giannuzzi).

El libro siguiente fue Una complicidad que sobrevive (Martin, 2001) que le valió el premio de poesía del Fondo Nacional de Las Artes. También recibió premios como el Alfonsina Storni y Lobo de Mar, y becas en el exterior para el estudio de poesía contemporánea.

Posteriormente publicó la plaquette Mar del Plata (Editorial Martin, 2005) con un poema dividido en 12 partes y dedicado a su ciudad natal; en el año 2012, fue reeditado con el título Mar del Plata seguido de “Otros lugares y viajes” en Ediciones de la Universidad Nacional del Litoral.

En el año 2008, apareció Pasiones de la línea (poemas de Nicolás de Cusa), de Ediciones En Danza (Buenos Aires), en que «combina con trabajada naturalidad la experiencia de la inmediatez con una suerte de lógica meditativa» (Romano).

Su poesía ha aparecido antologada en diversas publicaciones como Poesía argentina del siglo XX de la Colección Visor y Casa de América (Madrid, 2010), en Cuadernos orquestados (Editorial Al Margen, 2011), Ex Libris del Instituto de Cultura Juan Gil-Albert (Universidad de Alicante, 2012); en Signos vitales. Una antología poética de los 80, con selección y prólogo de Daniel Fara (Martin, 2002), Poesía argentina de fin de siglo (Vinciguerra, 1996); O. P. vida de poesía (Ernesto Girard, 2008); Antología esencial. Poesía del siglo XX en Argentina, Madrid: Col. La Estafeta del Viento, Vol. 7, Visor, 2010.

Ha sido invitado a participar en numerosos congresos y festivales de poesía, tales como «Poesía argentina después de Borges (El caso J. O. Giannuzzi)», en el I Congreso Internacional de Literatura Latinoamericana, celebrado entre el 26 de mayo al 2 de junio de 2007 en Teherán e Isfahán, República Islámica de Irán, organizado por el Centro de Literatura de Irán; Lectura de Poesía en el Aula de las Metáforas de Grado, Oviedo, Universidad de Oviedo, España, 22 de marzo de 2007; La línea y el punto: lecturas de la brevedad, en Encuentro de Microficción 2006, celebrado los días 21, 22 y 23 de junio de 2006 en el Centro Cultural de España en Buenos Aires (CCEBA); La mirada de Ulises. Un viaje en el olvido, en el seminario Castoriadis, el 12 de agosto de 2006 en la Embajada de Suecia en Buenos Aires; VII Festival de Poesía Iberoamericana de Manizales, Universidad de Caldas (Colombia), entre el 18 y 21 de octubre de 2005.

Entre sus otros libros se destaca: Primer mapa de poesía argentina.

Solicitudes y urgencia. El noroeste: la carpa y tarja (2000). Tradujo junto a —F. Scelzo y E. Moore— The love poems, de James Laughlin (2001). En Madrid, en 2006, la Colección Visor de Poesía publicó Antología poética de Joaquín O. Giannuzzi, con prólogo y al cuidado de O. Picardo, constituyendo la primera publicación de Giannuzzi fuera del país. Recientemente ha publicado Colgados del lenguaje. Poesía en las Ciencias, Baltasara Editora, Rosario, 2018

Bibliografía

- Apenas en el mundo (Ed. de autor, 1988).
- Dejar sin ventanas la verdad (Hojas de Sudestada, 1993).
- Quis, quid, ubi. Poemas de Quintiliano (Ed Martin, 1997).
- Primer mapa de poesía argentina. Solicitudes y urgencia. El noroeste: La Carpa y Tarja (FNA, Bs.As., 2000).
- The love poems, de James Laughlin (Martin, MdP, 2001).
- Una complicidad que sobrevive (Ed. Martin, 2001).
- Mar del Plata (Ed.Martin, 2005).
- Pasiones de la línea. (Poemas de Nicolás de Cusa) (Ed. En Danza, Buenos Aires, 2008).
- Mar del Plata seguido de Otros Lugares y Viajes (Ediciones de la Universidad Nacional del Litoral, 2012).
- 21 gramos. Buenos Aires: Ediciones en Danza, 2014.
- Poesía de pensamiento. Una antología argentina. Madrid: Endymion, segunda edición, 2015.
- Perón en el jardín y otros relatos , Amazon, 2018
- Colgados del lenguaje – Poesía en las ciencias. Rosario: Baltasara editora, 2018.

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Resultados

Versión detectada: EPUB 2.0.1

Resultados: No problems were found in picardo_QUIS_QUID_UBI.epub.

Validado con EpubCheck versión 4.0.2.

